

## CrónicaMente

RODRIGO COTA



# A Peregrina de Valencia y la bravura celta

**L**EGAMOS mi señora y yo a Valencia, a visitar a nuestra hija, su pareja y su mascota. Nada más aterrizar, hicimos lo primero que hacen los gallegos decentes cuando van más allá del Padornelo: reservar mesa en un restaurante gallego. Es de cajón. Hay que hacer patria también entre la diáspora y además la morriña ya nos machacaba.

Así acabamos en la sala del restaurante A Peregrina. La actual propietaria, María Pérez Martínez defiende el negocio tras el fallecimiento de su madre y lo hace con la ayuda de su padre, César. Eso ya fue una primera señal de que las cosas iban bien. El esquema familiar y la transmisión generacional tan propios de la restauración gallega se mantiene en perfecto equilibrio en A Peregrina de Valencia.

No es un restaurante para tu-

ristas, lo que se agradece en Valencia como en Compostela. Es para clientes que quieren probar nuestra cocina más auténtica, y los hay de todas procedencias. O sea, que no es para turistas pero los hay en abundancia. La atención amabilísima se agradece además en una ciudad donde es habitual encontrarse con camareros huraños, desganados o tristes.

La carta hace las mínimas concesiones a platos no procedentes de Galiza, por lo que es en su casi totalidad una oferta de productos gallegos y recetas gallegas.

Es que a la fundadora le llamaban A Peregrina por lo muy gallega que era, no por ser de Pontevedra, como estaba usted imaginando. Era medio ourensana y medio coruñesa, así que cuando abrió le puso como nombre al local el mismo por el que la conocían a ella.

Al sentarse, agasajan a los comensales con un caldo excepcional. Son famosas sus zamburriñas, sus almejas, su lacón o sus pescados y mariscos, pero como no se puede pedir la carta entera, o sí se puede pero es demasiado, pedí pulpo para empezar, en su perfecto punto de cocción, de sal y de pimentón. Nada que envidiar al mejor pulpo de O Carballiño, se lo juro por la vida de mis hijos. La autenticidad es importante, créame. Entre los comensales había gente hablando todo tipo de idiomas. Cerca de nuestra mesa había dos señores que se expresaban en un idioma que yo creo que no está ni catalogado. Iban buscando una experiencia precisa: la comida gallega. Sí, en Valencia.

De segundo opté por una parrillada de ternera que sirven con costilla, entrecot y solomillo, todo a la brasa. Ternera gallega, claro. Mi señora, que es vegana,

pide unos pimientos de Padrón, su tierra, e inmediatamente le ofrecen prepararle algo a su gusto. Eso es amor al negocio y respeto y atención a la clientela. Nada habitual, se lo aseguro.

Cuando ya nos íbamos les pedí permiso para hacer la foto y les expliqué que era para sacarlos en el periódico. Ahí están María y César fotografiados por mi señora, que no es tan buena como Javi Cervera pero al menos tan hermosa como él.

Un minuto estuvimos luego charlando. Me contaron de lo mal que lo pasaron en lo peor de la pandemia y María Pérez dijo: «Pero aquí estamos, que las celtas somos bravas». Y ahí, que quiere usted que le diga, nos fuimos enamorados para siempre de María, de César, del restaurante A Peregrina de Valencia, de su cocina y de la vida.

Es bueno saber que al otro

extremo del Estado español hay gente que nos representa con tanta dignidad y por partida doble, pues sacan adelante otro local que obviamente se llama O Peregrino. Ése no lo visitamos, pero tengo la seguridad de que también nos representa.

A Peregrina está en una plaza que se llama Santa Margarida y es reconocible por las conchas que señalan el Camiño Xacobeo. Si es que lo tiene todo. Hasta hacen queimadas, cosa que en Galiza no es tan habitual últimamente.

Para mí, lo mejor que he visto en Valencia es este rincón gallego en el que se dejan sus regentes todo el amor de nuestro país, al que ya estoy deseando volver tras cumplir los deseados compromisos familiares. Yo es que soy muy gallego, tanto que cuando salgo de nuestra patria la busco por todas partes y me emociona encontrarla.



María Pérez Martínez, propietaria del restaurante A Peregrina de Valencia junto a su padre César.